

UN AZUFRIÑANTE EN LARREÑONDO

Los nombres que reciben las casas se asemejan en su extracción al sistema seguido en la formación de apellidos. Proceden del lugar ocupado por los edificios, nombre o apellido del dueño, su pueblo (valle zona) de origen; sirven los motes, hechos históricos y otros aspectos, que nos resultan desconocidos; además de entrar en composición, a veces, varios de estos elementos citados.

Uno de estos nombres, y que resulta además extraño entre los que aparecen en Etxarri, designaba con Traperonetxie una casa en la calle Ugalde. Cerca se encuentra la zona más extensa del pueblo dedicada en minifundio a huertas familiares. Tapias y portillos protegen la zona; aquellas del viento norte, consiguiendo una mayor producción y los otros cerrando el paso al ganado que de otro modo causarían grave quebranto en la hortaliza.

En su huerto de Larrañondo (Larrañondoa) se encontraba trabajando el dueño de la casa de Traperonetxie; ajeno a cualquier otra cosa sujetaba con tentekos los tomates, que ya estaban en plena floración; después los regó desde un pozo cercano. Había abonado bien su huerta y se notaba por el verde intenso de sus plantas. Contemplaba unos segundos satisfecho, en vista panorámica, todo su cultivo y, a lo lejos, descubre con curiosidad un bulto negro.

Parecía que había salido del viejo molino, distante poco más de 200 metros. Se quedó con la mirada fija en aquel fenómeno extraño; por la distancia, no podía distinguir con claridad de que se trataba; el camino era estrecho y los pujantes matorrales de sus lados aun dificultaban más la inspección.

Pocos segundos aguantó echando el vistazo y pobre de él si no reacciona tan rápido. Aquel bulto negro inicial se percibía cada vez mejor, se acercaba a galope; hacía un ruido infernal. Los matorrales del camino, a su paso, cambian de aspecto. Al día siguiente el estrago se vería mejor, pues aparecieron totalmente secos.

El soberbio caballo negro llevaba un jinete extraño, vestido de negro con la pechera algo descubierta; los suficientes para entrever que iba forrado de llamativo color rojo.. Este detalle le evidenció la gravedad de la situación; tiró la azada y echó a correr como alma que se lleva el diablo.

¡Por todos los demonios y algunos más! Se trataba de un AZUFRIÑANTE. Por tertulias nocturnas del invierno la luz del fuego bajo, quien no lo hubiera reconocido. Estos seres malignos escondían bajo su manto negro, largos cuchillos y estaban dotados de una temperatura altísima; al sujetar con sus manos a sus

UN AZUFRIÑANTE EN LARREÑONDO

víctimas les producían terroríficos quemazos, que dejaban sus dedos marcados a fuego.

En su carrera llegó a la langa y, agarrando la más alta de las varas, saltó el portillo de Kalamurtxegi; ni con garrocha en la olimpiada lo hubieran hecho mejor. De haber fallado en la portalanga allí mismo habría sido martirizado.

Por suerte ganó al azufriñante unos segundos vitales; el caballo se detuvo ante el obstáculo; el furioso diablo sacó una larga espada y de un tajo corto las 4 txaras que cerraban el paso.

Jadeante, subió el fugitivo la ligera cuesta que accede a la calle Ugalde; el jinete le iba a la zaga, ganando de nuevo el poco terreno que les separaba.

Vivía en la misma esquina y al ver la "atalgeña" (parte superior de la puerta) abierta, se apoyó saltando dentro y cerrando al mismo tiempo con el pestillo; desde la entrada se trió en plancha debajo de un gran toro que cuidaba en la cuadra.

Todo había sucedido con un margen mínimo de tiempo; vio aterrorizado los chispazos que saltaron al golpear con su mano el azufriñante, enfurecido, la pared y la misma puerta. La empalizada de Larreñondo le había retenido lo bastante como para fallar el golpe.

Viendo que el peligro parecía haber pasado, se retiró a descansar; por que dormir, con el nervisismo que le quedó, resultaba imposible.

Hasta la mañana siguiente, por si las moscas, no salió de casa. A sus vecinos y amigos, con temblor todavía en su voz, les contó lo sucedido; algo veían que había pasado, pues el pánico vivido por el de Traperonetxie se reflejaba en su cara.

Le incredulidad, que alguno mantenía, se saldó a su favor; el zarpazo del azufriñante estaba grabado en la madera de la puerta y era visible a cualquiera.

Hasta hace pocos años se conservaba, dando testimonio de aquel terrorífico ataque. Hoy la casa está reedificada y la prueba más palpable de la existencia de los azufriñantes ha desaparecido por desgracia; probablemente no volveremos a contar con otra similar.